

046. Las fiestas en la familia

Empezamos hoy con una pregunta casi inútil por completo: *¿Verdad que las fiestas nos gustan mucho a todos?* Es natural, el día de fiesta es muy diferente de un día de trabajo. Pero, ¿hemos valorado alguna vez la importancia que tienen esas fiestas que tanto nos gustan? Lo mismo las religiosas que las patrióticas o las escolares o las del club... Las fiestas rompen la monotonía de la vida, relajan el espíritu, hacen reposar al organismo, fomentan la alegría, unen los corazones, reavivan la historia, dan nuevas energías para seguir adelante en el cumplimiento de todos los deberes. Estos son los frutos de todas las fiestas.

Las fiestas patrióticas, cívicas y sociales tienen su carácter propio y se celebran con el ardor de quienes se sienten orgullosos de la patria o de la ciudad o del pueblo propio.

Pero ahora nosotros nos vamos a fijar sólo en las fiestas religiosas y familiares celebradas en el hogar, porque tienen una gran repercusión en nuestra vida cristiana.

¿Cómo hay que celebrar las fiestas para que resulten un acontecimiento por la alegría y el provecho que reportan? ¿Qué hay que suprimir sin miedo para que no traigan perjuicios en vez de bienes?...

Las fiestas religiosas —como la Navidad o Pascua o la Patronal— no son fiestas para celebrarse sólo en el templo de la Iglesia parroquial, sino tanto o más en la *iglesia doméstica* del hogar.

Empezamos por decir que estas fiestas religiosas y familiares, tan hermosas y tan sentidas, cuentan con Dios en medio de ellas. Lo vemos en el mismo Evangelio. Nos dice Lucas que María y José iban en peregrinación cada año a Jerusalén —¡ciento veinte kilómetros a pie!— para celebrar allí la Pascua del Señor. Y por Juan sabemos lo de aquella boda tan idílica de Caná, alegrada por Jesús con un milagro tan estupendo como el de las seis tinajas de agua convertida en el vino más generoso...

Dios estaba metido de lleno en aquellas fiestas. La Pascua, era celebrada por la familia en el templo de Dios, y la boda era celebrada con Dios en el recinto del hogar. El hogar y el templo eran los dos marcos dentro de los cuales rendía la familia su culto a Dios.

Las fiestas religiosas son, ante todo, un estrechar nuestros lazos con Dios. Lo primero que pretenden es hacernos crecer en la vida de Dios. Empiezan por reactivar en nosotros el recuerdo de los misterios de la salvación, y, junto con el recuerdo, el amor al Señor que tanto nos amó. Recuerdo y amor que, celebrados en la familia, hacen que la vida cristiana no decaiga nunca en su vigor.

¿Qué no dice la Navidad a chicos y grandes, a los niños sobre todo?

¿Qué sentimientos no inspira la Pasión y la Muerte del Señor?

¿Qué alegría no infunden la Resurrección y la Ascensión de Jesucristo?

¿Qué no trae de ilusión el Corpus con su procesión magnífica a través de unas calles que han alfombrado con flores todos los vecinos?

¿Qué amor a la Virgen no suscitan la Inmaculada, la Asunción, el Carmen y tantas más en honor de la Madre del Cielo?

¿Qué no dice a nuestros pueblos la fiesta del Patrón o de la Patrona de la ciudad o de la parroquia?...

¿Y qué no hace cada semana la celebración cristiana del Domingo?...

En la familia se preparan todos con ilusión para ir a la Iglesia, y de la Iglesia se regresa hacia la casa con el alma llena de la alegría y de la bendición de Dios.

Si las fiestas son estrictamente familiares —como los cumpleaños o las bodas—, conllevan y exigen calor e intimidad, a la vez que fortalecen y estrechan los lazos irrompibles del amor. Y ocurre con ellas lo mismo que con las religiosas cuando se celebran bajo la óptica de la fe.

El cumpleaños de cada uno trae en la familia el agradecimiento a Dios por el don de la vida.

El Bautizo, la Primera Comuni3n, la Boda... llenan de la Gracia de Dios el hogar.

Y, como en las fiestas religiosas, allí donde entra Dios entran tambi3n el amor, la uni3n y la alegría. Las fiestas vienen a ser un crecimiento notable y continuo en la vida cristiana.

La lástima es que muchas veces falta Dios en la celebraci3n de estas fiestas porque se prescinde de El.

La fiesta se reduce entonces a la mesa, que se prepara abundante y exquisita.

Otros la centran en la diversi3n, tal vez honesta, pero sin el recuerdo de Dios, porque ni se va a Misa.

Y hay quienes aprovechan la fiesta religiosa o familiar como el mejor día para la discoteca o la excursi3n, omitiendo expresamente lo que Dios prescribe y haciendo hasta aquello que Dios nos prohíbe.

Nos dejamos de la fiesta mal celebrada, para volver la mirada otra vez a la fiesta celebrada cristianamente. Toda la familia contribuye a ella. Pero los grandes beneficiados son los niños. La fiesta resulta para ellos la mejor catequizaci3n cuando se les lleva al templo o forman en la procesi3n. Aprenden en Navidad a amar al Niño Jesús, su amiguito. En la Semana Santa les entra por los ojos el valor del alma, cuando ven lo que Jesús padeci3 por salvarnos. En la Pascua y la Ascensi3n se acostumbran a soñar en el Cielo y en la vida eterna. Al celebrar a María les entra por los ojos el amor a la Virgen, que tanto contribuirá a su salvaci3n... Y los acontecimientos familiares, celebrados en la fe, les enseñan el valor de la vida cristiana a la que se est3n abriendo con frescura matinal...

Las fiestas son un don de Dios. Con la fiesta se renueva el espíritu y se emprende después el trabajo con fuertes y renovados bríos. Además, las fiestas de aquí nos hacen mirar hacia otra fiesta que nunca acabará, celebrada en el nuevo hogar que Dios nos prepara... ¡Las fiestas! ¡Qué bellas son las fiestas, sobre todo las celebradas en familia y siempre con Dios en medio!...